

Los patianos derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin cureña. Pusieron sitio á la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados á capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo, pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar á los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay, de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guáitara para incorporarse á ella, y al efecto, emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastusos, fué atacado en Catambuco (12 de agosto de 1811), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes para tomar la ofensiva. Al día siguiente, celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos, Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros, regresó á la capital, á la sazón amagada al sud por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió á quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neo-granadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora á Quito, de nuevo revolucionado.

VIII

Dijimos antes, que el comisario regio Carlos Montufar, había continuado su viaje al sud en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fué recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de setiembre de 1810). Esta transacción fué aprobada por un cabildo abierto, y acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fué jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó un ejército de 2,000 hombres para someterlas á la obediencia, y confió su mando á Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera del Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores y el administrador de correo de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las mantanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron fugar por el Amazonas. Traídos á la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató á palos y arrastró sus cadáveres hasta el pretil de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo mismo con el presidente Ruiz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el sud y el oeste.

Poco después de instalada la junta de Quito, llegaba á Guayaquil el jefe de escuadra Joaquín Molina, nombrado presidente y capitán general en reemplazo de Ruiz de Castilla. Auxiliado por el virrey Abascal, reunió un ejército no menos fuerte que el de la junta, y cubrió con él las provincias amenazadas. Montufar, para ganar tiempo á fin de dar alguna consistencia á sus tropas colecticias, abrió negociaciones con el enemigo, quien por su parte, poco confiado en las suyas, aceptó la abertura pacífica, que no dió ningún resultado. Rotas de nuevo las hostilidades, la campaña se redujo á pequeños encuentros y avances y retrocesos alternativos, quedando los beligerantes en las mismas posiciones. Por este tiempo se abrían las comunicaciones entre Quito y Nueva Granada, con la fuga de Tacón y la derrota de los patianos y pastusos.

La junta de Quito, que sucesivamente había reconocido á la regencia y á las cortes españolas reunidas en Cádiz, y después á su presidente nominal Ruiz de Castilla, convocó un congreso y proclamó su independencia absoluta de la España (11 de diciembre de 1811). El populacho, cada vez más empujado, extrajo al ex-presidente Ruiz de un convento en que se hallaba retirado, y como pretendiera resistirse, fué herido mortalmente á puñaladas. La discordia se introdujo en las filas de los revolucionarios. Mientras tanto, los realistas avanzaban de nuevo por el oeste. Nombrado presidente de Quito el mariscal Toribio Montes, soldado de ímpetu y general entendido, abrió de nuevo la campaña al frente de 2,000 hombres, y batió al ejército quiteño en Mocha, pasando á cuchillo á todos los vencidos para infundir espanto (2 de setiembre de 1812).

El general quiteño Carlos Montufar, con un nuevo ejército, se fortificó en las posiciones inaccesibles de Jalupana, profunda quebrada de costados perpendiculares y cruzada por torrentes, que cubría el camino preciso de la capital, y fué coronada con artillería. Montes, por medio de una hábil y

atrevida marcha de flanco, guiado por un práctico del país, tomó la ruta del pie de la cordillera occidental, de manera de envolver la izquierda patriota, evitando las fortificaciones. A la altura del nudo andino de Chisinche, que limita la meseta de Quito por el sud, trepó la montaña, y con los gigantescos picos del Chimborazo y del Cotopaxi á la vista, marchó durante nueve días por entre páramos y precipicios. Orilló el cráter del volcán de Ninahuilca, contorneó el cerro nevado de Corazón, y amagando la retaguardia del enemigo, lo obligó á replegarse sobre la capital, ocupando él los altos de Belén al pie del Pichincha (8).

Reconcentrados los independientes en la capital en número de seis mil hombres, se fortificaron con mucha artillería, ocupando todas las alturas del circuito. Montes intimó rendición. Los de la plaza, contestaron que se defenderían hasta el último trance, y en señal de desafío hicieron ejecutar á un ciudadano notable de Quito, Pedro Calixto, juntamente con su hijo llamado Nicolás, prisioneros hechos fuera de combate. Los realistas atacaron la ciudad por tres puntos, y se apoderaron de ella después de un reñido combate de tres horas (3 de noviembre de 1812). El general español se mostró clemente con los habitantes de la vencida ciudad.

Montufar, con las últimas reliquias del ejército quiteño, se retiró al norte. Alcanzado por una división mandada por el coronel Juan Sámano, destinado á siniestra celebridad, fué batido y dispersado en dos acciones sucesivas con pérdida de toda su artillería y armamento, dejando en el campo 100 muertos. Sámano continuó su persecución y con arreglo á

(8) Véase : « Carta orográfica de la República del Ecuador », delineada por Manuel Villavicencio. — « Carta de la provincia de Quito » por Pedro Maldonado. — Humboldt : « Esquisses hipsométriques, etc., de la cordillère des Andes » en Atlas « Voyages », — Idem : « Volcans et cordillères de Quito », etc.

sus instrucciones pasó por las armas á los jefes que cayeron en sus manos. Al llegar á Pasto, recibió órdenes de Montes, para quintar á los oficiales y diezmar á los soldados prisioneros de Popayán que allí se encontraban. Caicedo y Macaulay fueron fusilados junto con ellos (9). Así terminó á fines de 1812 la nueva revolución de Quito, domada por segunda vez, y cerróse el círculo de la reacción de la Nueva Granada por el norte, al mismo tiempo que la revolución de Venezuela sucumbía (principios de 1813).

IX

La revolución externa é interna de la Nueva Granada, giraba en círculos concéntricos. Á la par que el uno se estrechaba, el otro se dilataba, hasta casi confundirse. El antagonismo entre el federalismo y el centralismo, de Cundinamarca con las provincias, y de Nariño con el congreso nacional, había convertido el país en un caos político. Después de la retirada del congreso á Ibagué (véase § V. de este cap.), Nariño desarrollando su plan de absorción, agregó á lo que llamaba la « provincia legal » de Santa Fe, el corregimiento del Socorro, y los cantones de Tunja y Neiva, que ocupó militarmente, con amenaza de apoderarse de Pamplona. La provincia de Mariquita, había sido absorbida ya por Cundinamarca. El congreso reclamó contra estos actos violentos, y aunque en un principio fué desatendido, como las resistencias locales arreciaban, Nariño mejor aconsejado se prestó á entrar en arreglos. Contribuyó á esto la noticia de la caída de la revolución de Venezuela, que amenazaba á la Nueva Granada con una invasión por el oriente. En el curso de las negocia-

(9) Sentencia de Montes de 12 de diciembre de 1812. Véase Restrepo, t. I, págs. 171 y 172.

ciones que se entablaron, las tropas cundinamarcanas que ocupaban Tunja, al mando del brigadier Baraya, — el vencedor de Palacé, — se pronunciaron por la reunión del congreso. Nariño se puso inmediatamente en campaña al frente de 800 hombres y ocupó sin oposición la capital de Tunja; pero al mismo tiempo, separóse de Cundinamarca la provincia del Socorro, sostenida por la columna de Baraya, que batió á las tropas centralistas que la ocupaban en dos encuentros sucesivos. Estos contrastes, obligaron á Nariño á firmar un tratado con el gobierno de Tunja, en que se convino en la inmediata reunión del congreso, librar á su decisión la cuestión de las agregaciones territoriales de Cundinamarca, y poner sus armas y recursos á disposición del gobierno nacional contra los españoles (10). Nariño renunció en seguida la presidencia de Cundinamarca, y declaró, que aunque persistía en sus opiniones, no quería ser un obstáculo á la organización nacional.

Cuando todo parecía aquietado, alborotóse de nuevo la movible opinión santafecina, con motivo de esparcirse el rumor de que el gobierno general intentaba dominar militarmente á Cundinamarca. Nariño, que había ejercido su autoridad con gran moderación, y conservaba siempre su popularidad, fué aclamado de nuevo dictador con facultades absolutas (setiembre 11). Poco después, el congreso se instalaba en Leiva, punto intermedio entre Santa Fe y Tunja, con asistencia de once diputados en representación de siete provincias (11). Camilo Torres, antagonista de Nariño en ideas, y enemigo suyo, fué nombrado presidente y encargado del poder ejecutivo. El primer acto del nuevo gobierno general,

(10) Tratados entre Cundinamarca y Tunja, llamados de Santa Rosa, de 30 de julio 1812. Véase « Docs. para la Hist. del Libertador » t. III, pág. 660 y sig. y doc. adicionales, págs. 712 y 713.

(11) Eran éstas: Antioquia, Casanare, Cartagena, Cundinamarca, Pamplona, Popayán y Tunja.

fué intimar á Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del norte, previniéndole á la vez, que la villa de Leiva, abscripta á Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión á una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó, haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Éste lo declaró á su vez « usurpador y tirano de Cundinamarca ». En consecuencia, el presidente de la Unión fué autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir á la provincia su libertad. La guerra civil quedó declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó á Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se puso al frente de una columna de 1,500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería, replegóse á Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión mandado por Baraya, puso sitio á la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner á su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera á discreción, entregándose á la clemencia del congreso, y dióle para decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió á una defensa desesperada, á pesar de que sus fuerzas no alcanzaban á la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña, mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado á la plaza al frente de tres mil hombres, que fué rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor, mil prisioneros, trescientos fusiles y veinte y siete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse á ajustar un convenio, en que salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo, natural de la Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fué desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo enervado por la guerra civil se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicano-monárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los tratados ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del sud y del norte, amenazadas por los realistas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo, una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejér-